

SUPLEMENTO NO. 29 • AGOSTO • 2004

Diaria

DE CAMPO

Leonardo
Manrique Castañeda



Portada: Leonardo Manrique, 1991.

Leonardo Manrique con su hija Jimena
en el jardín de su casa, 1984.



HOMENAJE AL PROFESOR
LUIS LEONARDO MANRIQUE CASTAÑEDA
Susana Cuevas

PALABRAS EN HOMENAJE AL MAESTRO
LEONARDO MANRIQUE CASTAÑEDA
Sergio Raúl Arroyo

AL LENGÜERO CON CARÍÑO
José Luis Moctezuma Zamarrón

RECUERDOS SOBRE MI AMISTAD
CON LEONARDO MANRIQUE
Yolanda Lastra

LA PRESENCIA DEL MAESTRO MANRIQUE
Josefina García Fajardo

LEONARDO MANRIQUE CASTAÑEDA CONDÍSCIPULO,
COMPAÑERO DE TRABAJO, AMIGO ENTRAÑABLE
Noemí Castillo Tejero

HOMENAJE AL MAESTRO
LEONARDO MANRIQUE CASTAÑEDA
Lina Odena Güemes

LEONARDO MANRIQUE CASTAÑEDA.
REMEMBRANZAS DE UN DISCÍPULO
José A. Pompa y P.

PROFESOR LEONARDO MANRIQUE CASTAÑEDA
Susana Cuevas Suárez

UNA DOCTA ANÉCDOTA DE LEONARDO MANRIQUE
Alfredo López Austin

EL MAESTRO LEONARDO MANRIQUE:
COLEGA Y AMIGO
Doris Bartholomew

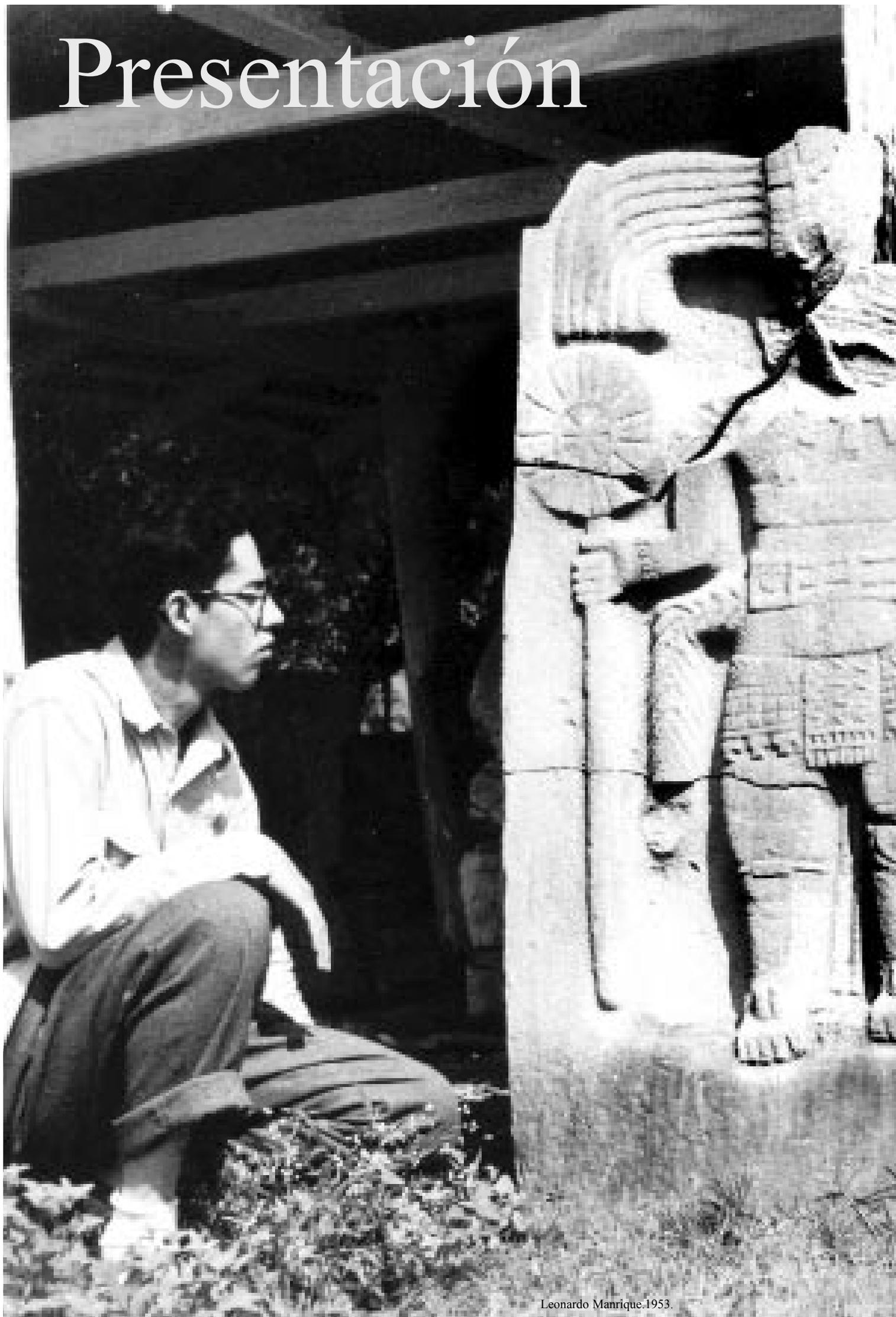
ES UNA PUBLICACIÓN INTERNA DE LA COORDINACIÓN NACIONAL DE
ANTROPOLOGÍA DEL INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

DIRECTOR GENERAL DEL	SERGIO RAÚL ARROYO
INAH:	MOISÉS ROSAS
SECRETARIO TÉCNICO DEL	GLORIA ARTÍS
INAH:	ROBERTO MEJÍA
DIRECCIÓN:	VICENTE CAMACHO
SUBDIRECCIÓN EDITORIAL:	OLGA MIRANDA
APOYO TÉCNICO:	AMADEUS/ANA

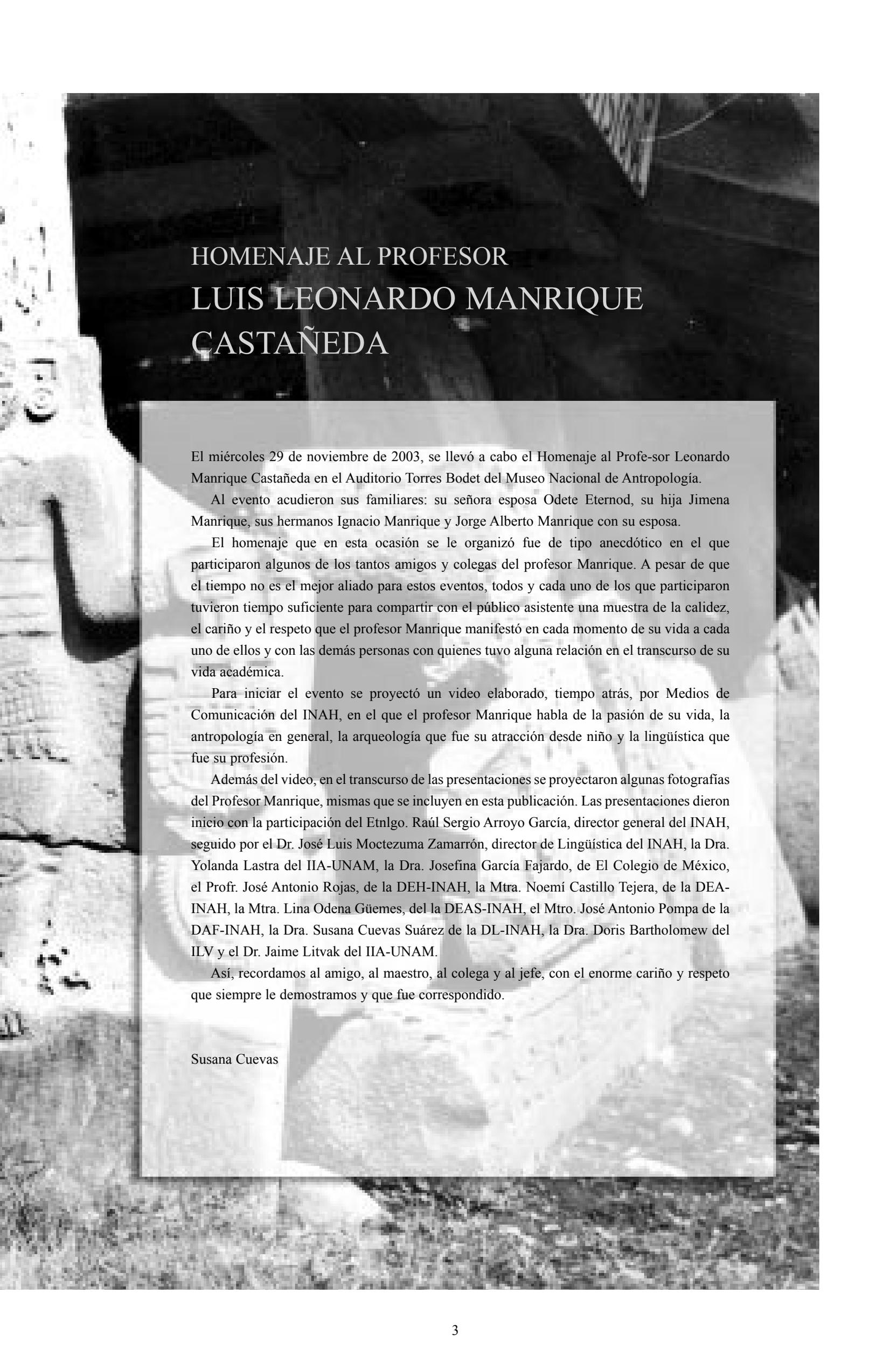
El Suplemento de Diario de Campo publica artículos, relatorías de foros, cartas, manifiestos, etc., que son enviados antes de la fecha de cierre. La responsabilidad del contenido de estos materiales es exclusivamente de sus autores.

Las fotografías que ilustran este Suplemento corresponden al archivo fotográfico de la familia Manrique Eternod, Ignacio Guzmán Betancourt, José Luis Moctezuma Zamarrón, Josefina García Fajardo y Susana Cuevas Suárez, a quienes agradecemos su valiosa colaboración.

Presentación



Leonardo Manrique.1953.



HOMENAJE AL PROFESOR LUIS LEONARDO MANRIQUE CASTAÑEDA

El miércoles 29 de noviembre de 2003, se llevó a cabo el Homenaje al Profesor Leonardo Manrique Castañeda en el Auditorio Torres Bodet del Museo Nacional de Antropología.

Al evento acudieron sus familiares: su señora esposa Odete Eternod, su hija Jimena Manrique, sus hermanos Ignacio Manrique y Jorge Alberto Manrique con su esposa.

El homenaje que en esta ocasión se le organizó fue de tipo anecdótico en el que participaron algunos de los tantos amigos y colegas del profesor Manrique. A pesar de que el tiempo no es el mejor aliado para estos eventos, todos y cada uno de los que participaron tuvieron tiempo suficiente para compartir con el público asistente una muestra de la calidez, el cariño y el respeto que el profesor Manrique manifestó en cada momento de su vida a cada uno de ellos y con las demás personas con quienes tuvo alguna relación en el transcurso de su vida académica.

Para iniciar el evento se proyectó un video elaborado, tiempo atrás, por Medios de Comunicación del INAH, en el que el profesor Manrique habla de la pasión de su vida, la antropología en general, la arqueología que fue su atracción desde niño y la lingüística que fue su profesión.

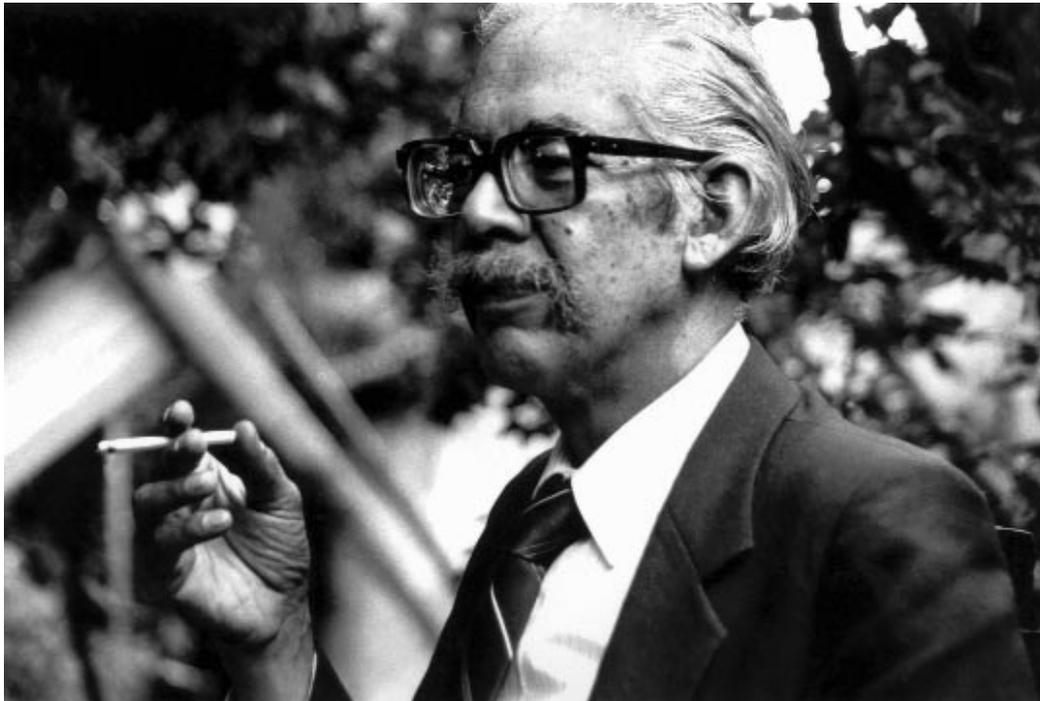
Además del video, en el transcurso de las presentaciones se proyectaron algunas fotografías del Profesor Manrique, mismas que se incluyen en esta publicación. Las presentaciones dieron inicio con la participación del Etnlgo. Raúl Sergio Arroyo García, director general del INAH, seguido por el Dr. José Luis Moctezuma Zamarrón, director de Lingüística del INAH, la Dra. Yolanda Lastra del IIA-UNAM, la Dra. Josefina García Fajardo, de El Colegio de México, el Profr. José Antonio Rojas, de la DEH-INAH, la Mtra. Noemí Castillo Tejera, de la DEA-INAH, la Mtra. Lina Odena Güemes, de la DEAS-INAH, el Mtro. José Antonio Pompa de la DAF-INAH, la Dra. Susana Cuevas Suárez de la DL-INAH, la Dra. Doris Bartholomew del ILV y el Dr. Jaime Litvak del IIA-UNAM.

Así, recordamos al amigo, al maestro, al colega y al jefe, con el enorme cariño y respeto que siempre le demostramos y que fue correspondido.

Susana Cuevas

PALABRAS EN HOMENAJE AL MAESTRO LEONARDO MANRIQUE CASTAÑEDA

Sergio Raúl Arroyo*



Leonardo Manrique. 1991.

Distinguidos asistentes:

Cuando Leonardo Manrique cumplió 50 años, pensó en recopilar los acontecimientos nacionales e internacionales ocurridos el 17 de agosto de 1934, día de su nacimiento. Tal vez, como Chesterton, quería comprobar que entonces el mundo ya era muy viejo.

Sin embargo, con un pronto arrepentimiento que nos habla de su pudor, abandonó la cacería de efemérides por parecerle “un tanto pedante”. Así se lo dijo a Eva Grosser y a Benjamín Pérez en la entrevista que abre el libro que el INAH publicó en 1993 como homenaje a su brillante trayectoria cuando él vivía. Esa confesión, sin embargo, revela a un hombre curioso de su entorno que siempre quiso explicar, al modo de la máxima clásica que sentencia: circunstancia es destino.

Hoy que nos reunimos para hablar en homenaje a la memoria del profesor Manrique, quisiera respetar aquella sobriedad con la que el maestro prodigó su erudición y voluntad de trabajo para construir y definir por más de cuarenta años el mapa de los estudios y la difusión de la lingüística en nuestro país. Por esta razón quiero, más que dibujar su perfil intelectual o ensayar un panegírico institucional, apenas esbozar las líneas de un retrato íntimo, entrañable, del amigo ausente, un fragmento en instantánea de la biografía de ese hombre que era un sabio en la acepción antigua de la palabra, en el sentido que describe

el formidable equilibrio de una ecuación pacientemente resuelta formada por la erudición y un bien más escaso: la prudencia.

Sabemos que como alumno Leonardo Manrique fue siempre un adelantado que adicionalmente tuvo la fortuna de contar con grandes maestros, con los que desde el primer momento montó un extenso diálogo materializado desde diversas rutas y a los que a lo largo de su vida reconoció: en la secundaria a Carlos Pellicer y a Juan Ortega y Medina; ya en la ENAH, en primer lugar a Morris Swadesh, de quien siempre, como inexorable hombre sencillo que era, se consideró discípulo. A esta privilegiada nómina hay que añadir a Juan Comas, Santiago Genovés, Pedro Bosch Gimpera, Pablo Martínez del Río y Román Piña Chan. Oírle hablar de ellos y reconocer cuánto les debía, no era simplemente una postura o una vertiente de la humildad; de hecho, era el trazo firme de una genealogía, de una filiación que cobija el desarrollo del trabajo propio.

Quienes tuvieron la fortuna de ser sus alumnos, estarán de acuerdo conmigo en que el profesor Manrique practicó la severidad como una de las formas privilegiadas de la generosidad: exigía a sus discípulos, debatía, en el sentido más preciso del término, con sus compañeros. Cualquier exageración o indicio de error eran de inmediato rectificadas con su puntual manera de no estar de acuerdo, con gesto amable y

*El etnólogo Sergio Raúl Arroyo es director general del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

lleno de esos diminutivos que poblaban sus pláticas, siempre enfatizados por su mano que nunca conoció la pasividad, en la que la ceniza del infaltable cigarrillo sin filtro hacía equilibrios inauditos para no caer. Ciertamente, no podía ser de otro modo: hijo de maestros, formado en la Normal, consideró que el no alentar con energía el estudio era, el no establecer una exigencia, más que propiciar una ignorancia estéril, resultaba una falta insoslayable, una práctica moral con claros y ominosos riesgos personales y sociales.

En su oficina, en los corredores del museo o de la escuela, siempre proyectó una imagen verdaderamente einsteniana, si así se me permite decirlo, de sabio. Su figura fue la de un hombre cuyas preocupaciones son las del mundo, no las de su propia persona, es decir, las del mundo pasaron a ser sus asuntos y diligencias personales. Recuerdo su traje oscuro; sus camisas blancas o de tonos apastelados y esas corbatas antitéticas de la moda; su peinado intemporal, su espeso bigote desordenado, teñido por la nicotina. La suya era la dignidad austera del que ha decidido prescindir del pragmatismo individual en cualquiera de sus acepciones.

Esta y otras descripciones nos hablan de un ser sencillo, de vida tranquila y afortunada; de alguien que quiso dedicarse de lleno a estudiar los secretos del mundo, en particular ese universo que atraviesa vivamente la naturaleza humana: el misterio del lenguaje.

Hombre creyente, no mostraba temores. Es fácil aplicarle aquella puntual sentencia de Marguerite Yourcenar de que “hay almas que nos hacen creer que el alma existe”. Quiero imaginar que, para espíritus como el suyo, la muerte no es más que un escalón suplementario hacia otra de las formas de la realidad. Quizá la tristeza, al recordar a Leonardo Manrique, es como la utopía: no tiene lugar.

Quisiera relatar una anécdota que, con todo y su pequeñez, pinta de cuerpo entero la alegría y la lúcida intransigencia del profesor Manrique. En agosto de 1990, el gobierno de algún estado de la República invitó a un grupo de especialistas a dictar media docena de conferencias sobre el sentido de la mexicanidad. Secretamente, el gobernador y un buen grupo de sus paisanos buscaban afanosamente el aval del INAH para declarar, en ese estado, la existencia física de la mítica Aztlán, punto de partida de la mexicanidad.

Del objeto de esa invitación peregrina se enteraron con estupor los investigadores al momento de escuchar al maestro de ceremonias presentarlos a un público esperanzado y muy probablemente hostil a un dictamen contrario. Cada uno de los conferenciantes sorteó el problema con el recurso, siempre útil, de salirse por la tangente, aunque con suerte variopinta entre sus escuchas, evadiendo, alguno hasta con cierta elegancia, el tema central; todos, menos el profesor Manrique, quien asumió el reto, y explicó frontalmente la dificultad de una prueba histórica en el sentido que se proponía.

Con su hálito de especialista erudito, con ese tono

personal de quien está seguro de lo que habla sin faltar a la verdad, sin escamotear razones y dichos, el maestro explicó durante casi una hora el significado de la glotocronología –palabra grandilocuente, pero en realidad “bastante menuda”, dijo literalmente, logrando re-lajar la tensión y disolviendo ese clima sintomático próximo a San Miguel Canoa– y cómo su aplicación indicaba como imposible la concordancia entre el antiguo mito prehispánico y la tesis en torno a la que giraba la reunión y su nada ingenua carga política. A modo de conclusión, con simpleza y honestidad, el profesor afirmó que los estudios realizados en nuestra institución impedían otorgar el aval esperado de ella, y sí, en cambio, eran absolutamente coherentes con la realidad conocida y con la ética que nos daba respetabilidad general.

Mientras hablaba, atusándose el gran bigote, se agrandaba su imagen; no logró únicamente la atención ininterrumpida del durísimo auditorio, sino su aprobación unánime y la admiración de todos quienes lo acompañaron en la mesa. Manrique salvó la jornada y trazó el horizonte moral que debe envolver a nuestra institución.

Esta historia, en su brevedad circunstancial, permite comprender que quienes fueron cómplices y testigos de su destino profesional, anudaron a la amistad con Leonardo Manrique una genuina admiración, que se formó en las lides académicas por su manera de explicar temas



Celebración de la presentación del libro Atlas Cultural de México: Lingüística, en la Dirección de Lingüística. De izquierda a derecha: Rosa Ma. Zúñiga, Ignacio Guzmán Betancourt, Eva Grosser, Carmen Herrera, Josefina García F., Roberto Escalante, Yolanda Villarreal y Leonardo Manrique. 1988.

tan complicados como la historicidad de una lengua, su relación con las culturas indígenas y las determinaciones estructurales que permean el lenguaje, pero también en el intrincado territorio de los asuntos laborales, donde, desde numerosas comisiones, su feliz mediación permitió tomar curso a los necesarios acuerdos.

Quienes tuvimos la fortuna de compartir los trabajos y los días con él pudimos descubrir otra de sus facetas, probablemente insospechada para el ajeno: su buen humor, su capacidad de ironizar incluso consigo mismo y su inteligente manera de estar en el mundo.

El estar hoy con ustedes tiene para mí un sentimiento agridulce: estamos aquí para extrañar al



Leonardo Manrique con un año de edad. 1935.

profesor Manrique, sin melancolías; para reunirnos en torno a él, para reafirmar que haberlo conocido ha sido una experiencia que tocó profundamente nuestras vidas, una gran riqueza. Hace un par de milenios, algunos filósofos enseñaron que la esencia del universo es la vacuidad. En nuestro naciente siglo, el vacío ha sido divisa de escépticos y nihilistas. No lo es para mí: Leonardo Manrique probó, al igual que muchos de ustedes, formados en la tradición lingüística, que algo llena al

mundo: la palabra organizada, la red interminable de los lenguajes que colman y expresan la vastedad de aque-llo que persistentemente llamamos cultura.

Recuerdo al profesor hablando de lo que une al hombre con su lengua, la lengua como un arraigo a la tierra, la lengua como nuestra casa; de la necesidad de habitar en ella para no per-derse fuera de su seno. Posiblemente, Leonardo Manrique cruzó una y otra vez las puertas del lenguaje y encontró el deseo de enseñar su fe y su ciencia. Su habilidad como traductor acaso no revela la voluntad de traspasar las dudas sobre el vértigo y la fuerza del lenguaje: “Las aguas del abismo/ donde me enamoraba a mí mismo”, según las palabras de Quevedo.

El legado de nuestro querido profesor es patrimonio invaluable de nuestra institución. El recuerdo del amigo nos hace, sin duda, vislum-brar que buena parte de la sabiduría puede reconocerse en la peculiar trama, en el precioso equilibrio de los grandes afanes y las cosas sencillas.

Muchas gracias.



Leonardo Manrique en los brazos de su Madre, la Sra. Teodosia Castañeda y Del Pozo. 1934



Leonardo Manrique en una tabla gimnástica en la Secundaria N° 4. 1946.

AL LENGÜERO CON CARÍÑO

José Luis Moctezuma Zamarrón*

El título de mi presentación bien podría ser el mismo de una vieja película llamada “Al maestro con cariño”, pero a pesar de que la mayoría de nosotros nos dirigíamos a Luis Leonardo Manrique Castañeda como maestro o profesor, él prefería autodenominarse, ingeniosamente, lengüero, de ahí el porqué de este cambio, aunque en realidad sus conocimientos lo colocaban más allá de ser considerado únicamente especialista en lingüística y más bien ubicarlo como un verdadero antropólogo, por su formación en las diferentes áreas de esta ciencia. Hoy, evocamos a este lengüero de corazón para rendirle tributo a su memoria, aunque en realidad nos negamos a aceptar, junto con el deceso de Ignacio Guzmán Betancourt, de que ya no estén con nosotros, cuando hasta hace pocas semanas platicábamos con él de la vida cotidiana, del trabajo y de los proyectos futuros, como era el del curso de toponimia que tenía programado para el mes de octubre de 2003, dirigido al personal del INEGI en Aguascalientes.

Recordar al maestro Manrique es de alguna manera, condensar la historia de la Dirección de Lingüística. Lo que fueran la Sección, el Departamento y después la

Dirección de Lingüística no se podrían entender sin su activa participación; para crearla, dirigirla y ser la voz autorizada de un conjunto de investigadores y trabajadores aglutinados alrededor de su personalidad y sapiencia. Cómo no recordarlo en las reuniones de trabajo con su taza de café a un lado y fumando, uno tras otro, cigarros “Delicados”, hasta que hace pocos años un infarto le hizo cambiar esos hábitos y tomar café descafeinado, del cual, por cierto, se quejaba de que no le sabía igual al café cargado al que estaba acostumbrado; así como suplir el hábito de fumar por el de llevarse un dulce a la boca. En los últimos meses, diligentemente sacaba de sus bolsillos un paquete de dulces y los repartía entre los participantes. Recargando su codo sobre la mesa y colocando su mano sobre el mentón veía por encima de los lentes, los cuales se acomodaba permanentemente con un movimiento de los dedos antes de hacer una nueva exposición de sus ideas.

Su personalidad era de alguien que tenía un comentario para cualquier tema a tratar. Su conocimiento universal y la información adquirida en años de lectura, reflexión y discusión de todo tipo de temas lo hacía plantear y defender sus puntos de vista en todo momento. Ya es

*El doctor José Luis Moctezuma Zamarrón es director del Centro INAH Sonora.



16 de Septiembre. De izquierda a derecha: su hermano Jorge Alberto, su Madre, la Sra. Teodosia Castañeda y Leonardo Manrique de 8 años de edad. 1942.

famosa la imitación del Profesor Manrique de otro querido lingüista, al hacer como que se retorció el bigote con los dedos y con tono grave decía “bueeno”. Lo que anunciaba un razonamiento con un sesgo diferente al de su interlocutor. Muchas veces eso implicaba largas discusiones sobre alguna noción en particular, argumentando y contra argumentando con su peculiar estilo de debatir, aunque siempre de forma gentil. En las reuniones de la Dirección de Lingüística era esperada y si no, solicitada su opinión sobre diversos temas, no sólo en términos académicos sino también en los administrativos y aun políticos, sobre diversas problemáticas.

Su aparente solemnidad contrastaba con su buen sentido del humor, en ocasiones ácido y en otras negro. Los años de convivencia con los investigadores de la dirección permitieron establecer una mayor cercanía con unos que con otros, pero en las reuniones constantemente hacía comentarios jocosos sobre lo que se estaba discutiendo, ya sea con juego de palabras o con anécdotas sobre alguna situación que había vivido en su larga trayectoria en diferentes ámbitos. El profesor era muy anecdótico y en ocasiones traía a colación algún suceso que permitía romper la solemnidad o la rigidez de la reunión.

Su aparente sobriedad ante los adultos se desvanecía completamente con los niños. Con ellos, establecía un vínculo afectuoso que denotaba su gran calidad humana. Los infantes eran su debilidad. En cuanto veía a uno de los hijos del personal del INAH se le acercaba y trataba de charlar con él y subrayo charlar porque la forma de dirigirse a ellos era completamente diferente a la que sostenía con los adultos. Con calidez hablaba con ellos y casi siempre les ofrecía algún dulce. En particular puedo dar constancia de eso porque lo observé con otros niños, pero sobre todo con mi hija. A ella se refería cariñosamente como “mi amiga Mónica” y siempre le estaba mandando saludos. Cuando asumí el cargo en la dirección ella apenas contaba

con dos meses de edad y desde la primera vez que la llevé a una reunión social del personal el profesor Manrique no dejó de estar junto a ella, haciéndole mimos y ofreciéndole golosinas. Esta actitud no dejó de sorprenderme sobre todo porque descubrí al ser humano en lo más profundo de sus sentimientos, cuando la imagen que tenía de él no correspondía a ese ser cariñoso, ya que siempre lo había visto como académico o como autoridad y no como una persona a la que los niños le causaran un goce muy especial.

Siempre presente, lo mismo dirigió por muchos años a la ahora la Dirección de Lingüística, que fungió como director de tesis de varios investigadores. En mi caso fue parte del jurado que me examinó para obtener el grado de licenciatura en la ENAH. También fue parte de varios comités de exámenes de oposición abiertos y cerrados, siendo obligado solicitarle su opinión sobre cualquier trámite referente a admisión, evaluación, año sabático o capacitación y becas del INAH. Invariablemente dispuesto, no dudaba en ayudar en todo lo que se le requería. Pocas veces decía que no. Su dinamismo le permitía aceptar casi cada invitación de que era objeto por parte de estudiantes, investigadores, autoridades del INAH y miembros de otras instituciones, con quienes estableció lazos amistosos y académicos.

En esas vueltas que da la vida, el maestro Manrique era director cuando ingresé, hace más de 20 años, al Departamento de Lingüística. Al poco tiempo fui nombrado delegado sindical, manteniendo en todo momento una relación respetuosa entre ambos, a pesar de algunas diferencias en nuestros puntos de vista, situación que se mantuvo al momento de mi designación como titular de la Dirección de Lingüística y, paradójicamente, a él le tocó fungir como delegado sindical. Su versatilidad y adaptación le permitían asumir sus cargos con la responsabilidad que la situación ameritaba.

El ser nombrado profesor emérito no menguó su labor en ningún sentido. Poco después del infarto se reintegró

a sus intensas actividades: continuó impartiendo cursos, presentando ponencias, escribiendo artículos, participando en las comisiones de admisión y de capacitación y becas del INAH. No dudó en participar en el Primer Congreso Interno de la Dirección de Lingüística, celebrado en 2002, en donde fuera parte del comité organizador y relator del texto que fue publicado en Diario de Campo. También participó en el equipo académico formado por investigadores de la ENAH y la Dirección de Lingüística para hacer nuestras propuestas sobre la “Ley General de Derechos Lingüísticos de los Pueblos Indígenas” y fue miembro activo del Seminario de las Ideas Lingüísticas en México, además de participar como ponente en la Reunión Anual de los Amigos de las Lenguas Yutoaztecas, organizada en 2002 por la Dirección de Lingüística.

Los últimos recuerdos del profesor Manrique los compartimos algunos miembros de la dirección y nos queda una imagen que nunca olvidaremos. Una semana antes de su fallecimiento lo encontramos sentado en posición de flor de loto sobre una banca ubicada en el pasillo de la Dirección de Lingüística, leyendo tranquilamente al sol. Un día antes todavía había impartido su última clase en la ENAH y nos comentaba de sus problemas de salud pero sin saber del mal que lo aquejaba. Sereno y afable nos platicaba de que los médicos no encontraban las causas de sus “achagues”, pero esperaba salir bien librado de esos males. Nada parecía perturbar su ecuanimidad. El martes siguiente me habló a la dirección para avisarme con la mayor tranquilidad que estaba en el hospital y por tal razón no podía presentarse al museo. Al día siguiente lo fui a ver y platicamos como siempre lo habíamos hecho, con esa calma y ese sosiego que siempre lo caracterizó, a pesar de haber pasado días difíciles a partir del fin de semana. Buscando recuperarse y sin saber todavía el diagnóstico que esa noche le dieron, noté su temple y confianza. Genio y figura hasta la sepultura, el maestro Manrique falleció a los dos días con la entereza de toda su vida y eso le dio a su familia y a quienes lo rodeábamos cierto ánimo para aceptar su súbita partida. El tiempo ha pasado y ahora la nostalgia nos invade al recordarlo. La magnitud de la pérdida crece en la medida de no poder compartir con él esa vida cotidiana de sentimientos y actividades, de consultas y comentarios. Sin duda, el hueco que nos deja nunca podrá ser llenado, pero sus recuerdos y enseñanzas perdurarán para los lengueros y para todos aquellos que convivieron con él. El maestro Manrique ya descansa en paz mientras en la Dirección de Lingüística se percibe una sensación de orfandad.



Leonardo Manrique.

RECUERDOS SOBRE MI AMISTAD CON LEONARDO MANRIQUE

Yolanda Lastra*



Leonardo Manrique a los tres años de edad haciendo lo que siempre le gustó hacer: leer. 1937.

A Leonardo lo conocí en la ENAH en 1958 cuando tomamos un curso con Swadesh, supuestamente sobre indoeuropeo, pero las clases acababan siendo más bien sobre glotocronología. Leonardo era decididamente discípulo de Swadesh. A veces nos veíamos en su oficina o en su casa porque Swadesh nos pedía que comparáramos vocabularios para buscar cognadas en lenguas de Centro y Sur América para no recuerdo qué congreso donde iba a presentar una ponencia.

Después yo me fui a estudiar el doctorado en Cornell. Durante ese tiempo en algún momento nos invitaron a la UNAM a un taller sobre el uso de las computadoras en lingüística. Swadesh estaba sumamente interesado en eso y Manrique participó en él. En esas épocas tanto él como Cazés trataban de descifrar la escritura maya con ayuda de computadoras y Swadesh también participaba en esas

investigaciones.

Cuando regresé de Estados Unidos lo veía bastante seguido y hablábamos de muchas cosas y entonces fue cuando decidimos diseñar un proyecto para estudiar la variación dialectal en el náhuatl. Para entonces ya estaba aquí Jorge Suárez y un poco después lo contrató Manrique para que fuera uno de los lingüistas de su departamento (todavía no era Dirección de Lingüística). En esas épocas estaban todos en el sótano del museo estudiando las lenguas con luz eléctrica.

Luego que hicimos entre los tres un cuestionario provisional para levantar datos sobre náhuatl, lo aplicamos principalmente Jorge y yo. También hicimos una selección de los sitios que debían estudiarse. El cuestionario definitivo ya no lo aplicó Jorge, o sea, que ya no fue tan estrecha la colaboración entre el museo y el instituto porque entonces los encuestadores fuimos principalmente Polo Valiñas y yo. También colaboraron otras personas que eran amigos o alumnos.

Cuando ya se trató de analizar todos esos datos, lo hice sola. A Manrique le ofrecí la parte que le correspondía de los cuestionarios originales (hacíamos una copia con papel carbón), pero dijo que no los quería porque de todas maneras todo eso había sido publicado.

En dos ocasiones cuando necesité información sobre qué se hacía en lingüística en México, Leonardo me ayudó mucho convocando a todos los lingüistas que trabajaban con él a unas reuniones en las que me platicaban lo que estaban haciendo, en qué proyectos participaban, qué publicaciones había habido, etcétera.

Lo siguiente que hicimos juntos, fue hace relativamente poco cuando en 1993 fue el Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas (CICAE) que organizó Lourdes Arizpe. Entonces yo quise que organizáramos un Simposio entre Manrique, Doris Bartholomew y yo en el que se hablara del estado actual de las investigaciones en lenguas indígenas y no solamente lo que se había hecho sino lo que faltaba por hacer, o sea, señalar las lagunas y que de ahí saliera

*La doctora Yolanda Lastra es investigadora del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM.



Viernes de Dolores. De izquierda a derecha: Leonardo Manrique, Jorge Alberto, su madre, la Sra. Teodosia Castañeda y en los brazos su hermano menor Ignacio. 1942.

un libro que fuera útil para alumnos que quisieran hacer una tesis o para investigadores que quisieran emprender alguna investigación en alguna de las lenguas indígenas de México. El simposio creo que fue un éxito, pero la publicación se hizo en Abya Yala en Quito y por lo tanto el libro no tuvo la difusión que hubiera podido tener si se hubiera publicado aquí mismo. La edición de ese libro la hicimos principalmente entre Leonardo y yo.

En esos años él me hizo favor de dictaminar, pero no sólo de dictaminar, sino de ayudar a mejorar los libros sobre otomí que yo escribí, uno sobre el otomí de Toluca y otro sobre el otomí de Ixtenco.

Lo siguiente que hicimos juntos fue cuando él participó con una ponencia magistral en el Tercer Coloquio Estatal sobre Estudios Otopames que se llevó a cabo en San Luis Potosí, Río Verde y Santa María Acapulco.

Un poco antes de eso Heidi Chemin lo invitó a que le ayudara a revisar unos materiales de pame que ella me iba a entregar a mí para un plan que teníamos los tres de publicar una obra de Soriano que está en la biblioteca Benson de Austin y que yo transcribí. Como se trata de pame, otomí y chichimeco pensamos publicar vocabularios comparativos de esas lenguas, o sea, comparar los vocabularios de Soriano con vocabularios en las lenguas actuales. Esto ya lo empezó a hacer Heidi pero todavía no me lo entrega, de manera que Leonardo no pudo revisar nada. Pero para el Segundo Coloquio Internacional sobre Otopames yo quise presentar mi parte sobre otomí y entonces Leonardo y yo juntos fuimos a buscar el lugar más cercano a Jiliapan donde todavía se hablara otomí. Efectivamente encontramos un pueblo (no llega a pueblo, unas casitas...) que se llama El Baile don-de sí se habla otomí. Recogimos unas cuantas palabras con la mira de volver para

completar el trabajo. Ahí sí puedo decir que estaba en perfecta salud, pues fuimos hasta donde se pudo en un vocho y después caminamos horas tanto de ida como de vuelta y estuvimos muy contentos, re-cogimos el vocabulario, después cenamos y la pasamos muy bien. A la vuelta nos perdimos pero no por ahí en los lugares de Hidalgo, más allá de Zimapán, sino que nos perdimos en la ciudad de México porque al Periférico le estaban haciendo no sé qué compostura y nos desviaron y nos perdimos. No fue una aventura muy lingüística que digamos.

Luego nos vimos en Rusia cuando viajó después del infarto que le dio y a mí me dio muchísimo gusto que su doctor le haya permitido ir a Moscú porque él tenía muchas ganas de viajar ahí.

Después ya de lo último que hicimos juntos fue que él me hizo favor de aceptar ser relator del III Coloquio Swadesh. No sólo lo hizo oralmente sino que entregó el trabajo que todavía no se publica.

La última vez que hablé con él fue para preguntarle cómo seguía Nacho y entonces me dijo que Nacho estaba en su casa, que debía yo de hablarle y que él, Manrique, estaba mal, que era algo respiratorio, pero no le dio mayor importancia.

Ahí termino lo que les puedo decir, en relación a todo lo que hicimos juntos, pero también quiero decir que mi vida como lingüista aquí en México siempre estuvo entrelazada con la suya; que le agradecí profundamente que contratara a Jorge en unos momentos en que estaba bastante deprimido sin trabajo y haciendo por su cuenta estudios comparativos de lenguas de América del Sur. Que gracias a Leonardo pudo seguir adelante haciendo trabajos sobre lenguas de México.

Lo que he contado está relacionado con el trabajo, pero lo más importante fue la amistad, amistad verdadera y profunda. Mejor es ya no seguir.

LA PRESENCIA DEL MAESTRO MANRIQUE

Josefina García Fajardo*



Leonardo Manrique con su hijo Rodrigo en su casa de Clavería. 1975.



El espíritu insaciablemente curioso lo hizo investigador

El espíritu insaciablemente curioso lo hizo investigador. Ante cada realidad, por simple o complicada, se planteaba preguntas bien atinadas.

A mediados de la década de los setentas, algunas compañeras del doctorado nos reuníamos a explorar las nuevas propuestas en modelos sintácticos. Entonces yo no había colaborado todavía con el INAH, y me llamaba la atención que el jefe de una de mis amigas le pidiera a ella que nos preguntara si podía él reunirse con nosotras para estudiar. Para entonces, yo casi siempre había visto que las autoridades se cocinaban aparte y si participaban en grupos de estudio, era para exponer su saber.

Bruna Radelli, con cierta pena, me decía: “Oye Jose, el maestro Manrique quiere saber si puede reunirse a estudiar con nosotras”. Yo, para entonces casi no lo conocía y tuve el atrevimiento de exigir: “Sólo si hace las lecturas”. Y pensaba: “Qué fastidio, no vamos a poder discutir en serio los textos”. Pero, para mi asombro, el jefe de Bruna se presentaba con la tarea hecha, a partir de ahora con discreción, muy racionalmente y dispuesto a escuchar con seriedad nuestra palabra. Ahí comencé a conocer quién era el famoso maestro Manrique.

Un jefe en quien el cargo nunca rebasó su necesidad

de conocer seriamente los distintos planteamientos que se hacían sobre el lenguaje. Y los antropólogos de otras especialidades, particularmente los antropólogos físicos, saben que no sólo sobre el lenguaje. Yo creo que esta imperiosa y muy apasionada necesidad de conocimiento, más que una fría ética del deber ser, fue lo que le daba esa característica actitud de respeto por las ideas ajenas. Para él eran un reto y un regocijo intelectual. Y para nosotros, los lingüistas, ésta fue una cualidad determinante en nuestro quehacer: no en todos los lados ni en todos los tiempos nos encontramos con colegas o jefes que respeten seriamente enfoques distintos de los suyos y que actúen en congruencia con ese respeto. El maestro Manrique dejó sembrado un camino de auténtico investigador, movido por una honestidad en el conocimiento, que derivaba, de manera natural, en el interés y respeto por las ideas del otro.

De herbolaria y etnociencia en la azotea

Su cabeza nunca tomaba vacaciones y su magisterio tampoco. Le encantaba compartir con los jóvenes. Una noche, en una fiesta de antropólogos, la mayor parte de los estudiantes, asistieron el maestro Manrique y Odette. Compartieron, bailaron incansablemente y, más tarde, todo un grupo salió a una terraza de la azotea, hasta donde subían

*La doctora Josefina García Fajardo es investigadora de El Colegio de México.



Cuadro que los miembros de la Dirección de Lingüística le obsequiaron a Leonardo Manrique en su 50 aniversario de nacimiento. 1984.

los humos aromáticos de lo que algunas personas estaban fumando fuera de la casa. Yo me atreví a comentar algo que acababa de leer en un artículo sobre los efectos químicos que producían ciertas hierbas.

Entonces el maestro Manrique, después de explicar los detalles que no estaban considerados en aquel artículo, inició toda una cátedra sobre herbolaria y etnociencia. Las enseñanzas de Don Juan quedaban chiquitas contrastadas con las del maestro en aquella azotea. La música de Santana hacía retumbar el piso. Todo un grupo de improvisados discípulos escuchábamos al maestro y le lanzábamos preguntas. Al fondo, la noche se tendía con una bruma azul grisácea sobre los techos, recortada por una larga figura: Manrique.

Dos grandes presencias; Manrique y La Peña de Bernal

Sí, una larga figura. Recuerdo un fin de semana que íbamos rumbo a Tequisquiapan, a la fiesta de Bruna. Llevaba yo a mi mamá, al maestro y a su hijo Rodrigo. El problema era que entonces tenía yo un Volkswagen. ¿Cómo podía entrar Manrique, a todo lo alto, en un Volkswagen? Lo bueno es que, como buen antropólogo de campo, su adaptabilidad le daba el don de verse cómodo, con la mayor naturalidad, en donde estuviera.

En ese viaje, la sabrosa plática como de costumbre,

la inició el maestro. Bueno y la continuó también él. Tan pronto se vislumbró por el noreste la Peña de Bernal, que no escondía su majestuosidad a pesar de la lejanía, el foco de la conversación se centró en la redundancia del nombre: “Peña de Bernal”, claro, considerando la etimología y de ahí pasó el maestro a hablar de los minerales que contenía la Peña y que corrían por las aguas termales, las que según presumían los vecinos del lugar, prodigaban maravillas para la salud de los habitantes. Por supuesto el tema del otomí no se dejó esperar. Yo no era Yolanda Las-tra para poder discutir con Manrique los temas del otomí, así es que simplemente pregunté, disfruté y aprendí. Un tipo de aportación del profesor Manrique y que a veces pasaba para muchos un tanto inadvertida, era que en su labor de difusión de las ideas lingüísticas siempre vertía algunos ingredientes que las reestructuraba.

Cuando regresé después de un año de estudios con Barbara Partee, con mucho entusiasmo por haber encontrado una manera de analizar la semántica, que respondía a lo que yo estaba buscando en esa época, me preguntaba: ¿y a alguien más le va a interesar? Por supuesto fue el maestro Manrique uno de mis interlocutores más agudos; de él y de Bruna recibí el apoyo decisivo de ese momento.

Ahora pienso en aquellas dos grandes presencias: Manrique y la Peña de Bernal.

De vendedora a compradora

Ante todo, el profesor Manrique era un maestro, ésta era una auténtica vocación en él; como él mismo decía, crecí entre maestros, era la vocación familiar. Quienes fueron estudiantes en sus cursos lo constataron, pero ejercía la profesión en cualquier lugar, no sólo en el aula. Desde la jefatura de lingüística, en la charla de café y en las múltiples invitaciones que recibía para colaborar en obras de difusión y de divulgación. Era una fuente brotante y generosa de sus conocimientos.

Una mañana, llegó a su oficina una señorita que representaba una casa editorial que hacía enciclopedias y llevaba el folleto de una. El maestro le dijo que no estaba interesado en comprarla, porque ya tenía un ejemplar de ella, pero con su característica finura atendió a la vendedora, a pesar de lo ocupado que estaba. Entonces la señorita empezó a hablarle del contenido de la enciclopedia, ¡que casualmente trataba de la variedad de culturas americanas y de sus lenguas! El maestro la escuchaba con todo respeto e interés y poco a poco, suavemente, fue tomando él los turnos, cada vez más prolongados, agregando datos y explicaciones. Hasta que la vendedora se dio cuenta de que la persona que gentilmente la había escuchado era nada más ni nada menos que uno de los autores que habían colaborado en la enciclopedia. Al final, aquella vendedora le hacía preguntas al maestro y, sobre todo, quería saber qué se requería para estudiar antropología. Es el caso de la inversión de papeles: de vendedora al de compradora de vocación. Ni el más diestro



Leonardo Manrique con su esposa la Sra. Odete Eternod. 1961.

en mercadotecnia podía ganarle al maestro.

El antropólogo gentil

En una reunión que hubo en las calles de Río Tamesis, estaban Lope Blanch y Manrique. Esa tarde la anfitriona había defendido su tesis de doctorado. Lope no le perdonaba haber dejado el área en la que había hecho la tesis de licenciatura: la dialectología. Y Manrique comprendía perfectamente bien el giro que había dado aquella investigadora en sus estudios.

El colmo de la finura de ambos fue que en lugar de que cada uno atacara las fallas de uno u otro de los trabajos de sendas líneas, terminaran haciendo una apuesta sobre cuál de los dos iba a tener más ediciones en un lapso de siete años. Era evidente que llevar una diferencia a tales dimensiones suponía el grado sumo de la cortesía para la autora de ambas tesis. Por cierto que cuando el plazo de la apuesta se acercaba, yo no sabía si los departamentos de publicaciones del INAH y de la UNAM iban a cobrar por los derechos de bodega de las dos publicaciones, en su primera y única edición.

Esa gentileza del maestro Manrique llegaba al límite de obrar milagros. No puede explicarse de otra forma lo que sucedió cuando dio una conferencia Eugenio Coseriu. Quienes lo conocieron saben de qué manera marcaba Coseriu la tradicional distancia de la cátedra. Pues resulta que había volcado públicamente toda su furia contra mí, al final de la conferencia, por haberme atrevido a preguntarle si no sería posible que cierto texto de Chomsky pudiera tener una lectura distinta de la que él había hecho. El atrevimiento de algo que Coseriu consideraba insolencia era una cosa imperdonable para él.

La sorpresa fue que unos minutos después de haber salido del auditorio Sahagún, Manrique se presentó a la puerta de mi cubículo con Eugenio Coseriu, a quien había logrado calmar, hasta tenía una actitud amable y dispuesto a aclarar la diferencia de interpretaciones del dichoso texto.

El paso del maestro por los servicios diplomáticos de México fue muy breve, nada más por su fidelidad a la vocación de antropólogo, porque las virtudes no le faltaban.

Ponencia plenaria extra

Cuando el comité organizador del Primer Encuentro de Lingüistas de España y México lo invitó a presentar una ponencia plenaria, el maestro Manrique ofreció una interesante y bien sintetizada visión del pasado y del presente de las lenguas indígenas de México. Lo que nunca se imaginaron los organizadores fue que con la presencia del maestro, se habían ganado, además, otra ponencia plenaria, la más larga de la historia, porque duró desde la primera reunión hasta el día de la despedida de los visitantes españoles.

Eran épocas en las que la especialidad obsesionaba a los analistas de la lingüística dura, quienes se maravillaron con la elocuencia del antropólogo que, durante las comidas, informaba a los comensales sobre los orígenes de aquellos deliciosos platillos mexicanos, de los problemas que se presentaron con la restauración de los muros del hotel oaxaqueño en el que nos hospedábamos, de los métodos de análisis que se empleaban para estudiar los textos pictográficos prehispánicos, de las distintas clases de códices mesoamericanos que se conservaban y, por si fuera poco, en las visitas a las zonas arqueológicas, obviamente el maestro se convirtió en el guía de lujo, descubriéndonos los detalles de las formas y su ubicación en el sistema cultural.

Al terminar el encuentro, las instituciones organizadoras se felicitaron por la buena inversión que habían hecho al invitar a Manrique. Sí, inversión, no sólo por la ganancia cultural sino también monetaria. Hasta me parece que se plantearon la posibilidad de hacer un siguiente encuentro, el más económico de todos, porque con los viáticos para un sólo invitado, si éste era Manrique, podrían cubrir varias mesas de especialidades.



Su boda en el mes de julio.1961.

Consciente de la condición humana y el servicio institucional

Paciente y aguantador pues a veces no coincidíamos con él, con nuestro jefe (porque entonces era una jefatura Lingüística y yo colaboraba ahí). Le rebatíamos ardientemente en las juntas o en su oficina. Y él, firme, pero dispuesto a entender, no perdía las buenas formas del caballero. Eso sí: sabía discutir. Pero también sabía escuchar. Y terminaba comprendiendo. Yo creo que no guardaba rencores. Parecía entender muy bien la condición humana. Antes que escandalizarse, intentaba explicar los comportamientos más aberrantes, con una sonrisa.

Como otras veces, un día lo encontré con el escritorio lleno de papeles en los que había que vaciar informes, presupuestos y no sé cuántas cosas más. Para entonces ya

conocía yo suficientemente su dedicación a la antropología. Me parecía que había una especie de incongruencia entre lo que a él le apasionaba y la exagerada y frecuente actividad burocrática que tenía que atender. Le pregunté si esto no lo agobiaba demasiado. Y respondió con serenidad y una sonrisa, retorciéndose el bigote: “No puedo decir que disfrute de esto como de la lectura de un libro, del reto de escribir un artículo, o de una sabrosa discusión sobre lingüística; pero créame que me da gusto hacerlo, porque sé que es necesario para que este changarro funcione y podamos trabajar en él”. Plenamente consciente del servicio institucional, nos ahorra muchos quehaceres burocráticos. Él tomaba a costas esta labor junto con su propia investigación, admirablemente. Gracias, maestro.



Leonardo Manrique con su hija Jimena en brazos. 1966.

LEONARDO MANRIQUE CASTAÑEDA CONDISCÍPULO, COMPAÑERO DE TRABAJO, AMIGO ENTRAÑABLE

Arqlga. Noemí Castillo Tejero*

Me es muy grato y a la vez muy triste hablar de Leonardo Manrique a quien todos sus amigos y compañeros cuando nos referíamos a él simple-mente decíamos Manrique, cuando estábamos con él por su nombre de pila, Leonardo.

Nos conocimos desde el primer día de clases en la ENAH, eran los años 1954 '55, época en que la ENAH era una pequeña familia, todos nos co-nocíamos, su sede estaba en el ala superior cuyo pasillo daba al patio de Viejo Museo Nacional de Antropología en la calle de Moneda 13, hoy Mu-seo de Las Culturas, eran cinco salones más las oficinas y la dirección.

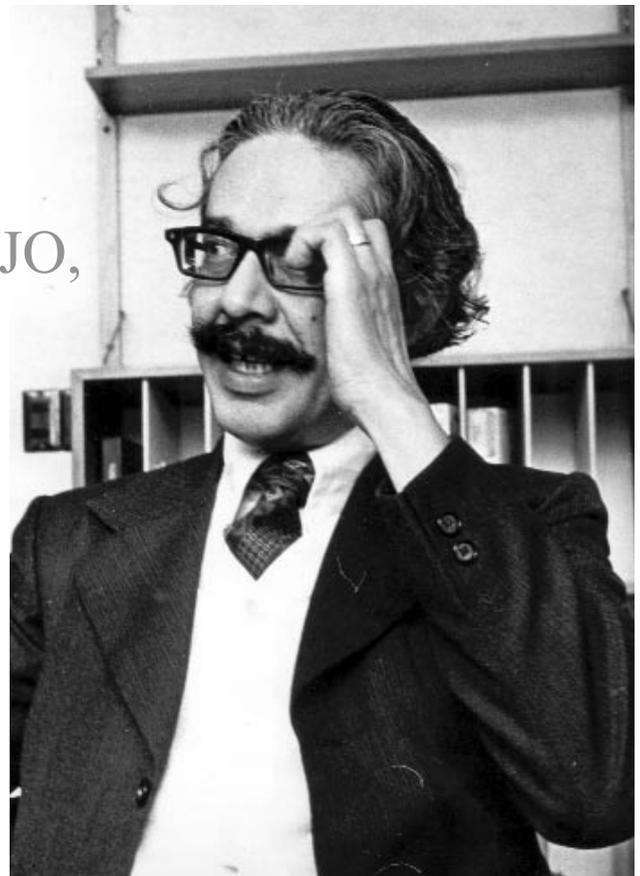
En aquel entonces fue cuando después de una huelga estudiantil se establecieron los pro-gramas de cada carrera, se hicieron anuarios y se inició el reconocimiento de las carreras de antro-pología ,se hace el convenio con la UNAM y la SEP daba el título en cada carrera, ya como el de Arqueólogo, Lingüista, Antropólogo Social, etcé-tera y la UNAM daba el grado de Maestría en Ciencias Antropológicas.

En esta etapa se inicio el desarrollo de la antro-pología mexicana al sistematizarse los estudios en la ENAH, así se creó un tronco común de materias que se cursaban durante dos años todos los alum-nos y los siguientes tres años se cursaban las mate-rias propias de la especialidad antropológica a que uno se iba a dedicar.

Manrique en su afán de conocimiento no sólo cursó el tronco común obligatorio a todos los a-lumnos y las materias obligatorias de su maestría en lingüística sino que cursó casi todas las mate-rias de arqueología y de antropología física, en el caso de arqueología sólo le faltaron cursar las técnicas de campo, pero de las carreras de an-tropología física y de etnología, cursó casi todas, si el sistema lo hubiera permitido se hubiera reci-bido de todas las carreras, estos estudios le dieron un amplio conocimiento de la antropología en general.

Ya como profesional desde muy joven fue reconocido por sus maestros por su capacidad y seriedad de sus trabajos, de esta misma genera-ción fue otro gran lingüista, Roberto Escalante, por desgracia también fallecido hace tres años.

Fue alumno predilecto del Dr. Swadesh, pero entre nuestros grandes maestros con el Dr Juan Comas y Dr. Pedro Bosch Gimpera, también era reconocido Manrique



Leonardo Manrique. 1976.

por su talento. Al respecto recuerdo una anécdota, a raíz de fallecimiento de Dr. Swadesh, comentaban el Dr. Comas y Don Pedro (forma coloquial en que todos los alumnos recordamos al Dr. Bosch Gimpera) quien iba a suplir en México el hueco dejado por Swadesh y ambos comentaron que Leonardo Manrique y así fue.

Su tesis de maestría fue excelente, sacó men-ción honorífica en el examen tanto por su inves-tigación como por su alto promedio de califica-ciones, y se publicó en la serie Anales de INAH, pero cuando se crea un tabulador relacionado con la producción científica de los investigadores de INAH por razones estrictamente escalonaria me comentó en aquel momento que su tesis que había sido excelente para los sinodales, los evaluadores escalafonarios la consideraron como un artículo científico, por supuesto se tuvo que apelar ante el desconocimiento de los evaluadores.

Por sus esfuerzos se funda ya en el Nuevo Mu-seo Nacional de Antropología, donde ahora nos encontramos la Sección de Lingüística de mismo, anteriormente la lingüística formaba parte de la Dirección de Antropología y las oficinas estaban en el edificio de las calles de Córdoba 45 en la Colonia Roma, donde aún está la Dirección General de INAH.

Pero esta pomposa Sección de Lingüística es-taba constituida por el Mtro. Manrique y una secretaria, en un local muy pequeño bajando la escalera que lleva a las oficinas de investigación del museo a mano izquierda, era prácticamente un closet.

*La arqueóloga Noemí Castillo Tejero es investigadora de la Dirección de Estudios Arqueológicos del INAH.

Dos años después se le dio un espacio mayor que compartíamos la Sección de Máquinas Eléctricas y la de Lingüística, ese entonces yo era jefe de la Sección de Máquinas Eléctricas y compartimos muchos momentos de diferente índole entre los que realizamos algunos trabajos interdisciplinarios de investigación, entre ellos puedo citar que cuando hicimos la Serie Antropología Matemática más de un número fue obra de Leonardo Manrique.

Siendo director del Museo el Dr. Bernal nos solicitó a ambos que hiciéramos un guión actualizado para la sala de Introducción, se entregó pero no hubo fondos para que se esto se realizara.

Además de cumplir las labores de investigación ambos junto con la Arqlga. Amalia Cardós formamos parte por cuatro años del Comité Ejecutivo de Sindicato de Investigadores del INAH durante la época en que el Arq. Ortiz Macedo fue Director General del INAH.

En más de una ocasión convivimos y coincidimos en reuniones científicas ya la Sociedad Mexicana de Antropología, o de la Sociedad Americana de Antropología, así como en algunos Congresos de Americanistas.

Siempre fue maestro de vocación desde su primera formación como maestro egresado de la Escuela Nacional de Maestros, de donde paso a estudiar a la ENAH, una vez recibido además de tener su plaza como investigación en el INAH, tuvo una plaza de hora semana mes de seis hrs. en la ENAH donde siempre impartió sus cátedras, hasta el momento mismo en que nos abandonó.

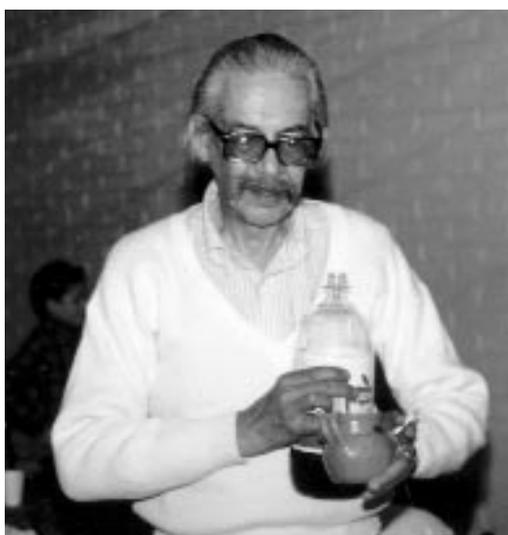
Uno de los últimos trabajos que hicimos juntos fue ser editores del libro de Homenaje a Dr. Ignacio Bernal Editado por el INAH en los años 90, sin embargo por razones fuera de nuestro control nunca se hizo la presentación oficial del mismo por parte de la Dirección General, en ese entonces encabezaba la Lic. Teresa Franco.

No quisiera despedirme sin hacer un elogio a Manrique como persona íntegra, siempre dispuesta a ayudar a quien a él se acercara a compartir sus conocimientos, a discutir y dar su punto de vista académico ya con los colegas ya con los

alumnos.

Fue un investigador y enamorado de su profesión, como maestro ejemplar, como amigo entrañable quienes tuvimos el privilegio de compartir con él los años de amistad nunca lo olvidaremos.

A su familia: Odette, Jimena, Rodrigo, reciban estas palabras como una muestra de agradecimiento por lo que Leonardo nos dio, amistad, compañerismo, ejemplo de honestidad tanto como hombre como investigador, entereza antes los embates de la vida, ante todo para él lo primero fue su familia, estén orgullosos y no le fallen, sigan su ejemplo como estoy segura el siempre quiso, den su mayor esfuerzo en todo lo que hagan, pues como ustedes, los que los conocimos y tenemos el orgullo decir que fuimos sus amigos y compañeros no lo olvidaremos.



Celebración de fin de año de la Dirección de Lingüística en su casa, en Cuajimalpa. 1990.



Leonardo Manrique con Amalia Atolín. 2001.

HOMENAJE AL MAESTRO LEONARDO MANRIQUE CASTAÑEDA

Lina Odena Güemes*



Presentación del Atlas Cultural de México: Lingüística, en la Dirección de Lingüística. De izquierda a derecha: Rosa Ma. Zúñiga, Ignacio Guzmán B., Eva Grosser, Josefina García F., Ausencia López C., Yolanda Villarreal, Leonardo Manrique y Roberto Escalante. 1988.

Agradezco la invitación de la Mtra. Susana Cuevas para participar en esta reunión para recordar al inolvidable maestro Leonardo Manrique Castañeda, solicitando se perdone que hable en primera persona, pero ello obedece a que recordaré su influencia en mi formación profesional.

Lo que me dicta la memoria

Fue hacia el año de 1957. Hubo una Mesa Redonda en la ciudad de San Luis Potosí a cuyo término debíamos de salir hacia la pamería, Leonardo, como alumno avanzado de la ENAH, Juan José Rendón Monzón y yo, acompañados y dirigidos en la primera parte por el Dr. Mauricio Swadesh. Con antelación al viaje Leonardo me visitó en casa de mis padres para hacer los preparativos: ropa apropiada, lámpara de mano, cuadernos de notas, todo lo que el trabajador de campo sabe y que los primerizos como yo ignorábamos (apenas cursaba el segundo semestre en la ENAH). A poco tiempo conocería a sus padres y hermanos en su casona de Azcapotzalco.

Leonardo era delgado, fuerte, minucioso, atento, riguroso y además, todo lo sabía. Era un sabiondo joven que siempre tenía explicación científica a todo género de cuestiones; además era sereno, calmado y por demás paciente. Esas fueron las primeras impresiones que tuve de él, las que nunca tuve necesidad de modificar, ni cuando fungió como severo sinodal en mi examen profesional.

Una vez que el Dr. Swadesh nos encaminó, y que por



Celebración de fin de año de la Dirección de Lingüística en su casa, en Cuajimalpa. De izq. a derecha: José Luis Moctezuma Z., Josefina García F. y Leonardo Manrique. 1984.

alguna razón Juan José Rendón abandonó la empresa, se empezó el recorrido de la zona pame subiendo a la Sierra Gorda desde Ciudad Valles; se recorrió por casi tres meses, terminando en las estribaciones de la misma sierra en el estado de Querétaro. Recorrido en el que Leonardo se prodigó explicando la impronta dejada por Junípero Serra en la arquitectura conventual. Antes de iniciar el trabajo formal en las comunidades me fue adentrando en el conocimiento específico: tronco macro otomangue, familia otomiana, rama del chichimeco-jonás. Por él supe de la obra *La Famille-Otomi-pame* de Jacques Soustelle, que leería forzosamente tiempo después, siempre con profundo agradecimiento al compañero que había fungido como mi primer maestro en el trabajo de campo. Y algo notable para mí: en ese viaje también conocí la existencia de la obra de Saint-Exupéry que me obsequió al regresar de nuestro trabajo. Ese ejemplar de *El Principito* se convirtió en tesoro para mi descendencia.

En cada poblado, después de presentar sus cartas y dar sus generales, me sorprendía haciendo los planos en los que señalaba la ubicación de iglesia, cerros, escuela, casas... y comenzaba la división del trabajo: él levantaba los vocabularios y los censos de la población; como buen dibujante que era, hacía los planos de las casas absidales y registraba las técnicas del tejido de palma y de manufactura de sombreros hechos a mano mientras yo hacía mis primeras relaciones con el mundo femenino obteniendo los secretos de cocina. En resumen, Leonardo hacía trabajo etnográfico y lingüístico. No cansaré con más detalles porque creo que lo dicho ofrece testimonio de su profesión, preparación de esos tiempos en donde no se parcelaba la actividad; se trataba del trabajo antropológico total. Muchos años después, al leer que Parménides afirmaba que “todo está en todo” comprendí el trabajo que Leonardo efectuaba al hacer el registro de la cultura.

Recorrer la Sierra Gorda a pie la mayor parte de las

*La maestra Lina Odena Güemes es investigadora de la Dirección de Etnología y Antropología Social-INAH.

veces, y a caballo en pocas ocasiones, tenía como requisito, tener una buena condición física. Fue esa la única condición en la que estu-vimos a la par. En alguna jornada caminamos de las dos de la mañana a las nueve de la noche, —de Jalpan a Tilaco— para que él pudiese entre-vistar a una anciana que sumaba los cien años, la única hablante sobreviviente de una variante del pame. No sé por qué razón inevitable debíamos de volver dos días después, cubriendo otra jornada de la misma duración. Sólo nos faltaban alas para volar, pero ahora que hago este relato es como si viera en mi memoria a dos ángeles re-coriendo y sobrevolando a toda velocidad esa intrincada serranía.

De la estancia en la pamería Leonardo obtuvo una interesante serie de fotografías, una de las cuales ganó un concurso en la ENAH allá cuando se la ubicó en el edificio de Moneda 16. Es una niñita como de año y medio, descalza, con som-brerito en la cabeza y con un globo en la mano. Foto de gran ternura, como la que él demostraba siempre que, ya casado y con familia, denotaba al referirse a su esposa y a sus hijos. Me da la im-presión que su vida no hubiera sido completa y plena sin su Odette, y sus dos hijos, Ximena y Rodrigo. Ojalá un día se tenga la posibilidad de ver su material fotográfico en una exposición y publicado.

Lo que me dicta el corazón

En Tilaco, Leonardo logró efectuar un pequeño vocabulario con la anciana que he mencionado. Digo que fue un logro profesional, un éxito que se preparaba a discutir con Swadesh y del que se sentía profundamente emocionado por aquello de una doble letra s —lo recuerdo bien, la pala-bra *coffi* que la mujer le repetía una y otra vez a petición expresa— Mientras él extraía de la memoria de esa mujer esos misterios que sólo los lingüistas valoran y entienden, yo trabajaba con el hijo de ella, un hombre sobreviviente de tuberculosis que me dijo un verso:

“Verde mata de ciprés
te he de llevar en retrato
para tener un recuerdo, de este pueblo de Tilaco
por si no vuelvo otra vez”

Y aquí, Leonardo es el ciprés, echando raíces en la historia y la cultura y extendiendo en su folla-je las ramas para que se hagan muchos nidos de conocimiento, paciencia y tolerancia, por él prac-ticados. Hago votos porque su familia encuentre consuelo al conocer pequeñas historias de su vida estudiantil. A sus compañeros que ahora lo recordamos nos queda el consuelo de haber compartido con un espléndido profesional, y con el gran compañero-caballero que siempre fue.



Familia de Leonardo Manrique: hermanos, madre, esposa, hijos y sobrinos. 1976.

LEONARDO MANRIQUE CASTAÑEDA. REMEMBRANZAS DE UN DISCÍPULO

José A. Pompa y P.*



Celebración de su cumpleaños en el jardín de su casa.
De izq. a derecha: Rodrigo y Jimena (sus hijos), Leonardo Manrique.
1984.

Agradezco a quienes organizan este homenaje por tomarme en cuenta para participar con uste-des con esta semblanza del maestro Leonardo Manrique Castañeda, que fue maestro, colega, consejero y amigo.

Una vida profesional tan activa y productiva como la del maestro Manrique tuvo muchas face-tas, me referiré a algunas de ellas en las que tuve la oportunidad de compartir actividades con él.

Hace 37 años, en 1966 el profesor Manrique era

subdirector de la ENAH y nosotros la primera generación del plan para la maestría en cinco años, a las 17:00 horas en el salón Alva-Barlow impartía la materia Antropología General. Al inicio éramos cerca de cien alumnos, entre ellos Emma Pérez Rocha, Joaquín García Barcena, Enrique Méndez, Diana Zaragoza, Eckart Boege, Ingrid Jordán Dahlgren, Rosa Litvak, Ignacio Manrique, Belinda Eternod, Gabriel Chávez Morado, Teresa Martínez Peñaloza y otros. El maestro previó que seríamos una generación difícil (familiares de antropólogos y afines iniciamos la huelga del '68 varios meses antes). Lo que más recuerdo de esa clase eran los Delicados sin filtro que casi coleaba uno tras otro y de como nos hablaba de la Filogénia de primates (“los changuitos”), de sus características anatómicas y las industrias líticas. Años después, me di cuenta que aquello visto en clase era sólo una mínima parte de su gusto e interés por la Antropología Física y por “la Antro-pología”, como disciplina integradora.

A mediados de los años '80, Leonardo Manrique era quien, dentro de los ciclos de visitas guiadas en el MNA (Visite el museo con nosotros) tenía a su cargo la sala de “Introducción a la Antropología”, esa sala no contaba con curador y nadie le peleaba la titularidad, me sorprendió mucho cuando en una plática me dijo “José Antonio, yo ya estoy cansado de esa rutina, porque no la toma



Leonardo Manrique con sus dos hijos: Rodrigo y Jimena. 1977.

*El maestro José A. Pompa y P. es investigador de la Dirección de Antropología Física-INAH.

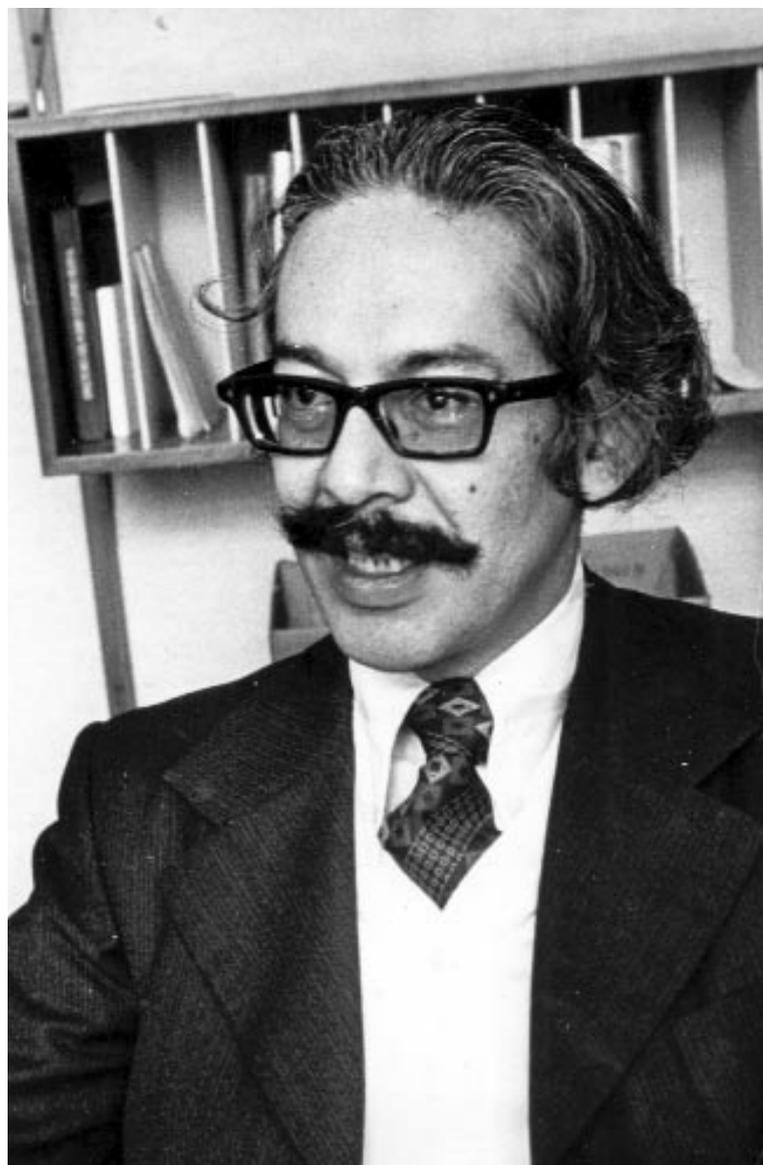
usted”, tuve dos sensaciones encontradas, una fue sentir la responsabilidad de recibir la “herencia” de guiar una sala del Museo Nacional de manos de un verdadero especialista en Antropología y la otra el temor a no cumplir con sus expectativas. Me animó, orientó y convenció. De ahí en adelante cada vez estrechamos más nuestra amistad, fue uno de mis maestros en el salón de clase y también en la vida profesional.

A principios del año 2000, dentro de las actividades del proyecto de reestructuración del Museo Nacional de Antropología, dan inicio los trabajos correspondientes a las salas de Introducción a la Antropología y a la del Poblamiento de América (antes Orígenes) Enrique Serrano y quien esto comenta quedamos designados para ello. Integramos un cuerpo de especialistas que nos cuestionara y orientara y no podía faltar el maestro Manrique, su colaboración fue animosa, crítica y estricta, de llamar la atención fueron sus comentarios manejando información reciente, no sólo en aspectos lingüísticos sino también en temas evolutivos, arqueológicos, propuestas de rutas migratorias y fechamientos, su lectura de revistas (journals) especializadas siempre actualizadas. Nada egoísta, nos facilitó mapas inéditos elaborados por él para adaptarlos y ser publicados en un número de la revista *Arqueología Mexicana* sobre poblamiento de América.

Ese estar al día en todos o casi todos los temas antropológicos merece especial atención. En 1986 recibí el Premio Fray Bernardino de Sahagún y por razones que prefiero no recordar, me quedé sin tutores, primero Javier Romero y luego Felipe Montemayor. De acuerdo con la comisión de premios, se me autorizó a preparar el trabajo para publicación sin el requisito de un tutor, recurrí al maestro Manrique, imaginense un texto sobre morfología evolutiva de la dentición humana y sus variantes, pues el maestro Manrique sabía del tema, comentamos y discutimos párrafo por párrafo y página por página, siempre tuvo a mano una atinada observación o recomendación, nunca actuó imponiendo, siempre sugiriendo. Para terminar con esta parte les diré que con ese tema y con algunos otros, me entendía más con el maestro Manrique que con la gran mayoría de los de mi propio gremio.

A mediados de los '70 a principios de los '90 (más de 15 años) participé en las subcomisiones de admisión y/o evaluación para el personal de investigación y docencia del INAH con el profesor Manrique, en varias ocasiones con la maestra Noemí Castillo Tejero y con Aldir González. Evaluar el trabajo de los demás no es tarea fácil, en las subcomisiones la opinión del maestro Manrique siempre fue orientadora, su visión antropológica, su honestidad, prudencia, y sentido de “lo justo y lo legal” generalmente guiaban las discusiones previas a la toma de acuerdos. Para algunos esa prudencia que da la experiencia era vista como tibieza, pero al final, sus razonamientos basados en argumentos firmes terminaban convenciendo al más reacio.

Colaboró en las actividades de la Sociedad Mexicana



Leonardo Manrique. 1976.

de Antropología, fundada por Alfonso Caso como parte de la “Trinidad antropológica” INI-INAH-SMA. De 1979 a 1982 fue secretario junto con Noemí Castillo, eran los tiempos de la XVI Mesa Redonda efectuada en Saltillo, Coah., siendo secretarios de la Mesa Antonio Pompa, Jaime Litvak y Johanna Faulhaber. A partir de 1983 paso a formar parte de la Comisión de Admisión de la SMA.

Al configurar el programa académico de las Mesas Redondas era “de cajón” incluir a los eruditos en el programa de la sección lineal “la parte sustantiva de la mesa”, generalmente teníamos a Don Wigberto Jiménez Moreno y para dar equilibrio al maestro Manrique. Quien no recuerda aquellas réplicas o “breves comentarios” que en muchas ocasiones eran más extensos que la ponencia misma, no eran discusiones sin sentido, conjuntaban planteamientos teóricos, metodológicos, conceptuales e innovadores que muchas veces eran toda una cátedra. Por ello, al organizar el programa académico, sabíamos de ante-mano que los horarios y tiempos marcados eran sólo tinta sin sentido.

Leonardo Manrique ocupó el cargo de coordinador Nacional de Investigación del INAH, siendo director general Roberto García Moll y me dieron la oportunidad de colaborar con ellos como director del área de Antropología



Celebración de Fin de Año de la Dirección de Lingüística en el jardín de su casa. De izq. a derecha: Rodrigo (su hijo), Josefina García F. Leonardo Manrique, su hija Jimena y persona no identificada. 1984.

Física, su postura era la de un defensor de la investigación ante el aparato administrativo de la institución. No fue el primero en ocupar ese cargo pero su tarea fue dar forma a esa Coordinación Nacional de Investigación, en repetidas ocasiones le acompañe en entrevistas ante David Catalán con quien había que mantener una postura rígida defendiendo planes y proyectos académicos, tratando que los fondos fuesen ministrados en tiempo y cantidad, abogó por que las comprobaciones de viáticos fuesen más realistas, y por más que “hacia la lucha” rara vez conseguía algo, la administración se regía (y lo sigue haciendo) por la inflexible norma marcada por la hacienda pública.

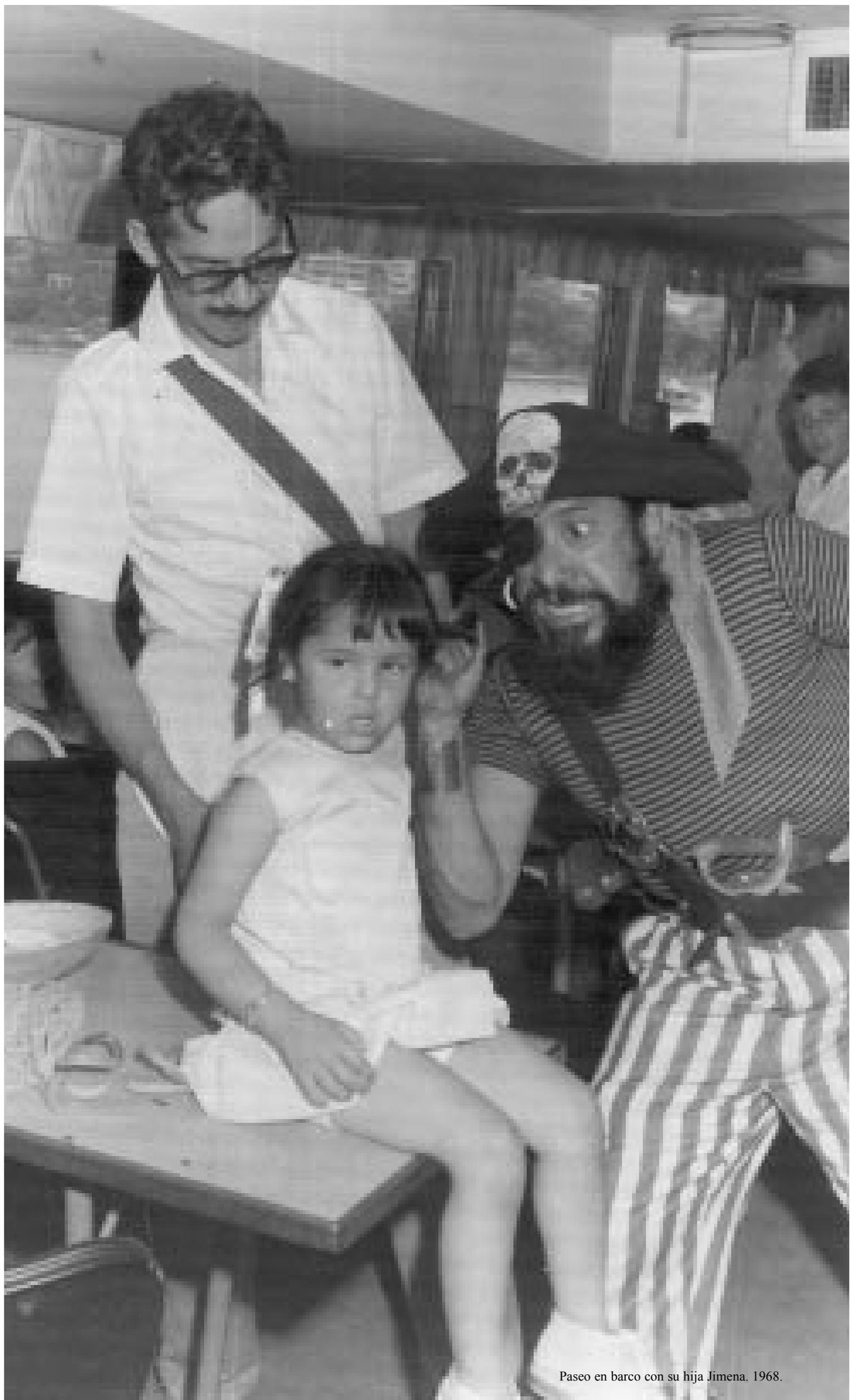
Intentó también conformar un catálogo de proyectos de investigación, diseñando una base de datos en Dbase III plus, intención que no dio el fruto esperado por la falta de respuesta. Siento que una de sus inquietudes como coordinador Nacional de Investigación fue la de tratar de mantener la unidad de la Antropología y evitar la fragmentación que ahora tenemos.

Este nexo académico-laboral dio pie para cultivar una relación de amistad, así en pláticas de amigos me contó de sus experiencias en Para-guay, de algunas de sus vivencias como maestro, de su interés porque Rodrigo se involucrara en la Antropología Física, testigo del nacimiento de una de mis hijas.

En su casa, entre la plática, el café y el cigarrillo recuerdo los “pleitos” que teníamos configurando las impresoras para que su Apple IIe o la Commodore 128 dibujaran todos esos símbolos que nada más los lingüistas entienden o tratando que los discos de cinco y cuarto tuviesen más capacidad de almacenamiento, a fin de cuentas era programar en basic o algo equivalente, lenguaje al fin que utilizaba códigos en

ascii o hexa-decimal, nada como regresar a lo más elemental, el lenguaje y sus códigos.

Para terminar con esta breve semblanza siento que el INAH y la antropología mexicana perdieron con Leonardo Manrique al último antropólogo integral.



Paseo en barco con su hija Jimena. 1968.

PROFESOR LEONARDO MANRIQUE

Lingüista, antropólogo integral, maestro, jefe, mentor, colega, amigo, todo eso fue y seguirá siendo para mí el profesor Manrique. Desde mi ingreso a la Escuela Nacional de Antropología e Historia en 1972 él fue uno de los profesores que me guió en mi formación como lingüista, pues recibí de él los conocimientos de dos importantes materias en la carrera de Lingüística: Lingüística General y Lingüística Histórica, aunque previo a las materias propias de la carrera cursé con él un taller llamado “Taller de discusión” cuyo objetivo era el de discutir y aclarar los conceptos y temas de las materias generales que cursábamos. En dicho taller —y desde entonces— me pude percatar de su vasto conocimiento de la antropología en su más amplia definición, es decir, su conocimiento completo de todas las disciplinas de la antropología, además de su amplio conocimiento en cualquier otra disciplina como astronomía, geografía, zoología, pedagogía, etcétera, pues en dicho taller además de discutir los temas de las otras materias, discutíamos los temas de actualidad y hasta los de nuestras ocupaciones fuera de la ENAH. En mi caso, como maestra normalista en activo, le gustaba que le comentara de los cambios que se estaban dando en la educación con la Reforma Educativa, ya que como maestro normalista que también era, le interesaba mucho cualquier



Firmando el libro Homenaje a Leonardo Manrique Castañeda, después de su presentación, afuera del auditorio Sahún del Museo Nacional de Antropología. 1993.

asunto relacionado con la educación básica.

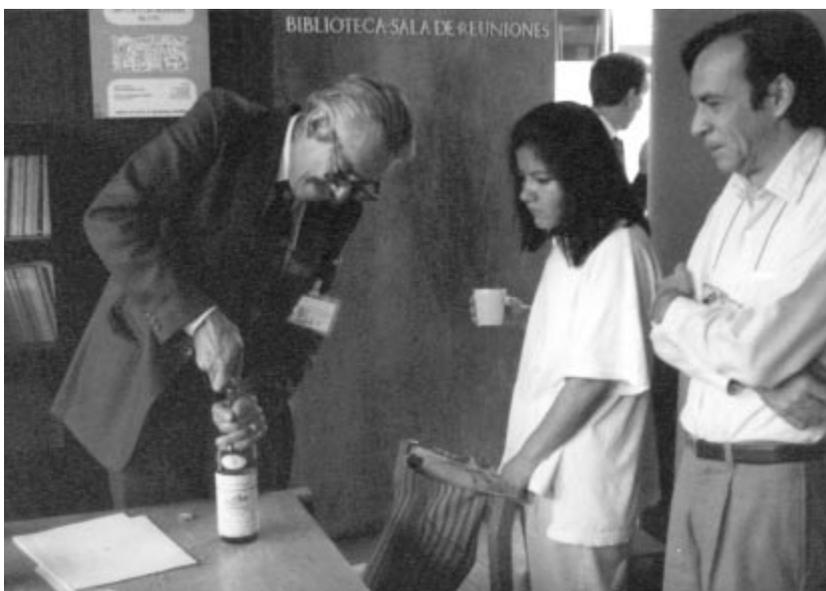
Ahora me gustaría transmitirles, con pequeños detalles, lo que fueron esos 30 años de cercanía con el profesor Manrique. Si bien a mi no me tocó compartir con él *El Closet de Lingüística*, como él llamaba a la Sección de Lingüística, si me tocó compartir con él (al igual que la mayoría de mis compañeros de esta Dirección) todos sus esfuerzos por hacer crecer el área de Lingüística que él creó dentro del instituto, orientándonos, guiándonos y alentándonos a seguir preparándonos en las áreas que cada uno de nosotros elegimos, pues para cada uno de nosotros tenía el dato, la pista, la fórmula, o el comentario necesario para seguir con nuestras tesis y con nuestras investigaciones, no importando la lengua con la que estuviésemos trabajando o el nivel de análisis que estuviésemos haciendo, pues se preocupaba por cada uno de nosotros como si fuésemos sus hijos, además de preocuparse por el alto nivel que debía mantenerse en el Departamento de Lingüística.

Les voy a comentar lo que sucedió en una ocasión, que aún sin proponérselo me dejó una gran enseñanza en mi formación como etnocientista, y mi interés por las clasificaciones, que en aquel entonces apenas me iniciaba en esa corriente, pues sin ser una enseñanza de tipo teórica



Presentación del Libro Homenaje a Leonardo Manrique Castañeda en el Auditorio Sahún del Museo Nacional de Antropología. Junto a él (a su izquierda) la Mtra. Barbro Dahlgren y su hija Jimena. 1993.

*La doctora Susana Cuevas Suárez es investigadora de la Dirección de Lingüística del INAH.



Presentación del Atlas Cultural de México: Lingüística, en la Dirección de Lingüística. Leonardo Manrique y Ramón Fragoso. 1988.

o metodológica, fue una enseñanza tanto a nivel personal como en materia de clasificaciones y ordenamientos.

En esa ocasión, cuando el Departamento de Lingüística aún se encontraba en el sótano del museo (bajando las escaleras), a otras dos colegas y a una servidora se nos ocurrió la brillante idea de ordenar el escritorio del profesor Manrique, pues veíamos los bloques de papeles, libros y folders repartidos a lo largo y ancho del escritorio cada día crecían y crecían y que iba a llegar el día en el que ya no supiéramos si el profesor Manrique estaba al otro lado de su escritorio o no.

Obviamente, desde nuestro particular punto de vista, era un escritorio muy desordenado, así que una tarde nos dimos a la tarea de “ordenarse-lo”, está por demás decirlo, no se lo consultamos, pues queríamos darle la “agradable sorpresa” de que al día siguiente, muy temprano en la mañana, como él acostumbraba llegar, encontrara un escritorio “ordenado” y con espacio para que pudiese trabajar con libertad.

La sorpresa fue para los cuatro y nada agradable en ambos casos, pues el enojo del profesor Manrique al momento de percatarse de que “su escritorio” como él lo tenía, había desaparecido, nos costó un muy fuerte regaño (con sobrada razón), pero su molestia duró tanto tiempo como pudo tardarse en reacomodar todo lo que supuestamente nosotros habíamos arreglado.

Para reacomodarlo nos preguntaba, ¿dónde está el folder azul que estaba abajo del libro X, en la pila de papeles del extremo izquierdo del escritorio? ¿dónde está el papel de tal institución que estaba en la parte superior de la pila de papeles tal? etcétera. De esa forma nos percatamos de lo que nosotros considerábamos desorden se encontraba en un perfecto orden, pues todos y cada uno de los objetos los tenía perfectamente bien ubicados y “ordenados”.

Posteriormente, cuando acepté el puesto de Director de Lingüística sentí una enorme responsabilidad no tanto por lo que implica en sí mismo el puesto, sino más aún como sucesora de mi maestro, mentor y guía.

Afortunadamente esto me permitió ver otros aspectos del profesor Manrique que sólo allí pude conocer, pues si ya en ese entonces le reconocía muchas cualidades, a través de conocer, por medio de los papeles y los archivos de la dirección, todas y cada una de las actividades académico administrativas que llevó a cabo durante más de 20 años al frente de esta dirección, hizo que incrementara mi respeto y admiración hacia él, sin mencionar todo el apoyo que me brindó para iniciar esa nueva actividad.

Sus enseñanzas, como siempre en él, no se limitaron a estos aspectos académicos o administrativos, sino que además tuve la fortuna de aprender de él la convivencia, pues en nuestro viaje a un Congreso en Moscú, en el 2001, compartí con él al igual que su harem (como nos sentíamos las seis mujeres que compartimos con él varios días del viaje) no sólo la parte académica, los comentarios de los temas expuestos en el Congreso, sino que también nos transmitió sus conocimientos sobre la lengua, sobre el arte y la arquitectura rusas o sobre las especies animales, sus características y nombres científicos, cuando visitamos el zoológico, etcétera. Además, nos permitió aprender de él una nueva forma de compartir momentos de alegría, de cansancio, de asombro, de emoción.

Leonardo Manrique Castañeda el lingüista y último antropólogo integral, ha dejado en todos nosotros tantas enseñanzas y tantas obras que se guirá con nosotros por siempre. Espero que sigamos teniendo su guía y orientación día con día (sobre todo en la Dirección de Lingüística) a través de sus principios y conceptos para mantener esta obra que inició hace más de 35 años y hacerla crecer en lo académico y humano como él siempre lo hizo.

UNA DOCTA ANÉCDOTA DE LEONARDO MANRIQUE

Alfredo López Austin*



Celebración de Fin de Año de la Dirección de Lingüística en un restaurante. Junto a el Susana Cuevas y Roberto Bruce. 1993.

En 1985 nos reunimos los miembros de la Sociedad Mexicana de Antropología en la ciudad de Querétaro con el propósito de discutir, en la XIX Mesa Redonda de la sociedad, el problema central de “La validez teórica del concepto de Mesoamérica”.

Instalados en los edificios de la Universidad Autónoma de Querétaro, nos reuníamos para las sesiones plenarias en el amplio foro de la Facultad de Derecho, la “Sala Forense”. Allí salieron a la palestra, además de buenas argumentaciones sobre el tema central de la mesa redonda, varias controversias útiles tanto para la depuración de conceptos como para el uso de una terminología apropiada en la exposición del pensamiento antropológico.

Una de estas discusiones se centró en el nombre que debía aplicarse a los pueblos y a las lenguas que integraban el grupo maya, pues eran usuales tanto la denominación mayenses, con ese, como mayances, con ce.

En la reunión, los “esistas” alegaron vivamente que ense era una de las desinencias propias de los gentilicios, y proporcionaron, tal vez sin necesidad, muchísimos ejemplos al estilo de cretense, londinense, canadiense, nicaragüense, estadounidense, o los nacionales sonoreense, mexiquense, morelense, sin que mencionaran vascuence, por no pertenecer a la regla debido a que se escribe con c.

Sin que lo arredrara la avalancha de ejemplos, Leonardo Manrique hizo valer su autoridad académica para zanjar el problema y, enfáticamente, pronunció la solución inapelable: mayance era el término adecuado para designar un conjunto de lenguas; era ni más ni menos que el término romance, aplicable a todas las lenguas modernas derivadas

del latín.

Nadie chistó; pero al día siguiente, en el periódico de la XIX Mesa Redonda, apareció una nota en términos que pretendían salvar rostro ante aquella determinación tajante “pontificante según algunos” de Leonardo. Los integrantes del cuerpo editorial del periódico, para no colocarnos en el papel de escolares apabullados por la sabiduría del maestro, quisimos aparentar condescendencia: nos dignábamos a aceptar la opinión de Manrique.

A mi me tocó la redacción de la nota, y lo hice en los siguientes términos:

Gran discusión en la Sala Forense:

si es mayance o es mayense.

Dice Leonardo que es como romance.

¡Démosle chance!



De izquierda a derecha: José Luis Moctezuma, su esposa, la Sra. Odete Eternod, Leonardo Manrique y José Carmen Díaz. 2003.

*El doctor Alfredo López Austin es investigador del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM.



Celebración del 25 aniversario de la Dirección de Lingüística afuera del auditorio Sahún del Museo Nacional de Antropología, De izquierda a derecha: Bruna Radelli, Susana Cuevas, Josefina García, Leonardo Manrique, Ignacio Guzmán, Martha Muntzel, Rodrigo Manrique, Yolanda Lastra, persona no identificada, Eva Grosser, Marisela Amador y Roberto Bruce. 1993.

EL MAESTRO LEONARDO MANRIQUE: COLEGA Y AMIGO

Doris Bartholomew*

Fuimos colegas y amigos durante muchísimos años. En los años '50 yo había iniciado mis estudios del otomí y él sus investigaciones del pame. Hizo su tesis sobre el pame del sur del pueblo de Jiliapan, la cual es de suma importancia por haber quedado registrada esta variante de la lengua, que ya se ha desaparecido. El maestro dijo que tuvo que trabajar con un informante y medio porque en aquel tiempo habían sólo tres personas que apenas si recordaban de su lengua materna. No obstante, su obra de rescate proporciona un análisis de la estructura lingüística del idioma y un amplio vocabulario. Cuando yo estaba intentando la reconstrucción del proto otomí-pame, él compartió los datos que había recogido, los cuales me fueron indispensables para dicha reconstrucción.

La profundidad histórica de las lenguas otopames que se puede apreciar en los documentos coloniales fue uno de los muy diversos intereses del profesor Manrique. Publicó un estudio de la obra del Padre Soriano sobre el pame. Su interés se extendió a los documentos sobre el matlatzinca, otra lengua otopame, y participó en la publicación del Diccionario y Arte de

esta lengua hecho por el padre y maestro Diego de Basalenque (1640), escribiendo un estudio preliminar. De manera semejante, colaboró en la nueva edición del libro del destacado investigador José García Payón sobre La zona arqueológica de Tecaxic-Calixtlahuaca y los matlatzincas, otra vez con un estudio introductorio. También preparó con Wanda Tommasi de Magrelli la publicación de la segunda parte de la obra de García Payón que había quedado inédita, y de esta manera hizo accesible la temprana exposición del calendario prehispánico matlatzinca por José Fernando Ramírez (1905) reproducida en ésta: "En estos días he tenido el privilegio de estudiar el documento original del dicho calendario y me ha sido muy útil contar con el estudio de Ramírez y los comentarios de García Payón".

Lo anterior muestra que el profesor Manrique era un lingüista de verdad, interesado no sólo en las lenguas actuales, sino también en los documentos y códices que nos permiten conocer algo de la historia de las mismas. Pero fue mucho más que lingüista; fue un gran amigo. Fiel amigo de sus estudiantes y colegas del INAH, y también de otras personas e instituciones. En lo personal fui privilegiada con

*La Doctora Doris Bartholomew es investigadora del Instituto Lingüístico de Verano.



Celebración de Fin de año en el jardín de sus casa. 1990.



Frente al Museo L'Hermitage, Rusia. De izquierda a derecha: Elisa Esterpone, Martha Muntzel, Mónica Tech, Leonardo Manrique, Rosa Elena Anzaldo, Ma. Elena. 2001.



En Moscú con Dora Pellicer. 2001.

esta amistad por décadas, desde que nos conocimos. Además fue amigo fiel a mi institución, el Instituto Lingüístico de Verano (ILV). En el año 1981, aceptó escribir el prólogo para el Diccionario huave. Allí dio mucha importancia a la amistad que existió entre él y el ILV, como constan los primeros párrafos, y cito:

“Cuando el Instituto Lingüístico de Verano me pidió hacer el prólogo o presentación del Diccionario huave-español, español-huave acepté de inmediato hacerlo, porque ¿cómo podría haberseme ocurrido siquiera una negativa a quienes han sido amigos de tan largos años, quienes contribuyeron con

sus cursos a mi formación profesional (y por eso puedo ahora llamar orgullosamente colegas) y con quienes he colaborado por un tiempo también considerable?... Ya dije que los miembros del Instituto Lingüístico de Verano son mis amigos, algunos mis maestros, todos son colegas y colaboradores”.

La amistad es una relación recíproca. El ILV ha recibido del maestro Manrique muchas manifestaciones de su amistad. Me hace recordar el proverbio del rey Salomón que dice: “El hombre que tiene amigos, ha de mostrarse amigo”. Nuestro instituto y todos nosotros aquí presentes vamos a extrañar a nuestro buen amigo y gran lingüista Leonardo Manrique Castañeda.



Josefina García y Rodrigo Manrique. 1984.



▲ CONACULTA • INAH ☼